

Otro modo de atraer la mirada

Hay veces en que los artistas se consideran necesariamente obligados a hurgar en el baúl de las decisiones, porque desean encontrar lo que fácilmente podrían hallar en cualquier espacio abierto. Es como ese recurso de la creatividad, al que también se apresan, por mucho fuego que despida -cuando se trata de una creatividad genuina- y que sólo se ejercita en muy contadas ocasiones por los auténticos, y tan escasos, genios del arte que el mundo han sido. La creatividad, que viene a ser como continuadora de la creación, es tan antigua, tan agotada, que poco o nada puede sacarle el hombre.

Nuestros alrededores -desde los miserables a los más nobles- son plenamente hermosos, sin necesitar de nada, o de casi nada: sólo precisan que nuestros ojos se dirijan a ellos con benevolencia, y que nuestras manos, con la cooperación de nuestra mente, sepan transformarlos, hasta restituirles el grado de belleza que, en su naturalidad originaria, siempre han mostrado.

Si se me permite, el preludio viene a cuento de esta serie de cuadros de Juan Heredia Gil, limitados, acaso porque no necesitan mayores anchuras, a reflejar esos objetos y panorámicas, que cualquiera tiene a su alcance. En estas ocasiones, lo que juega no es solamente el buen hacer del autor, como dominante del dibujo lleno de afectiva parsimonia, sino la mutación de lo que podríamos llamar cuestiones de uso ordinario. Ahí están transformados, como punto exclusivo de atención, capiteles y arcos que han sobrevivido al paso de los tiempos, pese a la ruindad a que fueron sometidos, tras su brillante función, por los hombres. Otra prueba más evidente y lamentable de esa perversidad humana son las ruinas de un grandioso teatro, que, a través de la pluma y las líneas de Juan Heredia, adquieren una intimidad que quizá nos ha parecido ausente por el desapego y maltrato que durante siglos ha sufrido.

Si damos un salto gigantesco en el transcurso del tiempo, nos encontramos con paisajes urbanos, que tratamos a diario, y que contienen una majestuosidad, que no hemos sido capaces de captar, porque los hemos considerado ajenos a nuestras pretensiones. No es la función de Juan Heredia magnificar lo que ya es de por sí magnífico, sino acercarlo a nuestra mirada, para que se sienta atraída por tantos detalles de belleza arquitectónica que se nos escapan en el ajetreado mundo de nuestros días. Además, el pintor ha querido que cada uno de esos objetos recuperados o edificios todavía vivos y reinantes carezcan de linduras que podrían provocar su profanación. Por eso, los ilusorios colores desaparecen, hasta quedar limitados solo a los que los protagonistas de cada cuadro derrochan, austeramente, en su naturalidad.

Si nos adentramos por cuestiones técnicas en torno a la obra expuesta, podría allegarse a esa frialdad que proporciona el abandono de las reliquias romanas o las fachadas expuestas a la brisa marina y las lluvias imprevistas. Uno prefiere el intimismo y la presencia de la personalidad en los temas más supuestamente áridos. Por eso diría que aquí, en estas obras hay mucho fervor; y, sobre todo, un modo digno y experto de interpretar y resaltar la autenticidad artística de unos objetos provistos de la mayor insensibilidad.

En el fondo, estamos ante una transfusión de sentimientos; o en un ejemplo de creatividad en la que se ejercita el pintor, y que rompe los moldes a la que, más o menos, cualquier función artística se siente sometida.

Pedro Soler